CAPITULO DÉCIMOQUINTO.

Del culto de María como orígen de esperanza para los pecadores y los impíos.

Lo que muchas veces impide al pecador volver á Dios es el temor de la justicia.—Nada mas eficaz para disipar este temor que la invocacion y el culto de María.—Por este medio se hacen las grandes conversiones en la Iglesia.—El olvido de toda práctica piadosa respecto á María conduce generalmente los corazones extraviados á endurecerse en el pecado.—Necesidad de insistir en estas consideraciones.—Los grandes pecadores y los grandes impíos no son mas que grandes desesperados.—Importancia de las prácticas católicas que inspiran la esperanza.—En este solo hecho podria reconocerse que el catolicismo es la verdad.—El protestantismo y la filosofía no predican ni pueden predicar otra cosa que la desesperacion, probando de este modo que no son mas que error é inspiracion de Satanás.

El apóstol S. Juan dirigia á los primeros cristianos estas tiernas palabras: «Hijos mios, os escribo esto para que no pequeis, y para que, si alguno de vosotros tiene la desgracia de caer en el pecado, recuerde que tenemos por abogado nuestro para con el Padre á Jesucristo, al Justo por excelencia, y que él es

tambien propiciacion para nuestros pecados; no solo para los nuestros, sino tambien para los de todo el mundo: *Filioli mei, hæc scribo vobis ut non peccetis; sed et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum, Justum. Et ipse est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris tantum, sed etiam pro totius mundi* (1 *Joan.*, 2).»

Sin embargo, es mas frecuente de lo que se cree que el pecador que ha pasado largos años en el desórden, consternado á la idea del número y de la gravedad de sus culpas, desalentado en vista de la perversidad de su corazon, aterrado por el pensamiento de la severidad de Jesucristo, juez temible de vivos y muertos, no se atreva á recurrir á su misericordia y pedirle un perdon que no espera alcanzar. Se engaña sin duda en dudar de los *tesoros de la bondad* del Dios-Salvador: es además por parte del pecador añadir un nuevo crímen, y el mas grave de todos, á sus antiguos crímenes, el creer que Dios no es siempre infinitamente mas misericordioso que perverso el hombre. Pero no por esto deja de ser un

caso muy comun en la historia de los pecadores, gracias á los artificios y á las sugestiones del enemigo de su salvacion. Porque su táctica ordinaria es alentar al hombre á los pecados mas grandes antes de hacérselos cometer, persuadiéndole que Dios lo perdona todo, y haciéndole desesperar del perdon despues de haberlos cometido, haciéndole creer que Dios no se los perdonará. En semejante caso, san Bernardo acaba de decírnoslo, nada mas útil y eficaz que acudir á María; la invocacion de María : *Si criminum immanitate turbatus, si conscientiæ fœditate confusus, si judicii horrore perterritus, barathro incipias absorberi tristitiæ, desperationis abysso, cogita Mariam.*

En efecto, la historia de las grandes conversiones de los pecadores que se verifican todos los dias en la Iglesia, nos atestigua que todas ellas principian recurriendo á María, REFUGIO DE PECADORES. Examinando atentamente la vida de estos cristianos que de vez en cuando vienen á regocijar á la Iglesia con su conversion y su arrepentimiento, tanto como la habian afligido con el escándalo de sus vicios, se

ve que en medio de todos sus desórdenes habian conservado algunas prácticas piadosas en honor de María. Estas prácticas les salvaron del abismo de la desesperacion; y, cuando movidos por la gracia, han pensado en corregir su vida, les han hecho encontrar en el fondo del corazon un resto de esperanza. Recurriendo á la mediacion de la buena Madre María, han creido posible su conversion al Señor. La gracia de Jesucristo es sin duda la que les que ha conquistado, porque toda gracia es de él y viene de él; pero esta misma gracia, como otra cualquiera (S. Bernardo acaba de decírnoslo tambien), ha pasado por las manos de María : *Omnia nos habere voluit per Mariam.*

Vemos, pues, que así como no se vuelve á Dios sino por Jesucristo, tampoco se vuelve á Jesucristo sino por María, y ninguna conversion se efectúa sin que Maria haya tomado alguna parte en ella, así por los ruegos que dirige á Jesucristo en favor de los pecadores, como por la confianza que inspira á los pecadores en la bondad de Jesucristo.

Al contrario, esos grandes culpables, cuya vida de escándalos y de pecados acaba en el endurecimiento del corazon y en la desesperacion, no son generalmente mas que hombres que han olvidado toda práctica religiosa al mismo tiempo que todo deber; hombres que han hollado todo signo de devocion hácia María, al mismo tiempo que todas las leyes de Jesucristo; hombres que han roto completamente con Dios, con todo lo que recuerda á Dios, y con todo lo que conduce á Dios. ¿Qué tiene, pues, de extraño que semejantes hombres, que han cortado con sus propias manos todos los acueductos de la gracia, se hallen en el último momento desprovistos de toda gracia, y mueran en el pecado en que han vivido?

No nos cansarémos de insistir en estas consideraciones. El corazon del hombre es un abismo cuyas profundidades ocultan, bajo engañosas apariencias, terribles misterios. El sentimiento de la desesperacion es mucho mas comun de lo que se cree entre los hombres mas avezados á la perpetracion del crímen y á la profesion de la blasfemia y del error. El

hombre, creado para la verdad, que es el bien del espíritu, como el bien es la verdad del corazon, no podria, sin padecer con ello, existir siempre sin el bien y sin la verdad; y los placeres de la voluptuosidad y del orgullo no siempre bastan para hacerle sufrir la ausencia ó pérdida de aquellos. Aun los hombres que están muy adelantados en la senda del mal y del error experimentan muchas veces una necesidad irresistible de bien y de verdad para llenar el vacío de su alma. ¿Por qué, pues, no vuelven á la vida que sienten haber abandonado? Por qué, pues, no se detienen en su carrera funesta que á cada paso maldicen? Por qué no rompen las cadenas que riegan con sus lágrimas en los momentos de silencio y de soledad? Porque desesperan de poder reparar el mal que han hecho y de recuperar las alturas de que han caido. Viéndoles tranquilos en su estado de rebelion contra todas las creencias y contra todos los deberes, diríase que gozan con la paz de sus negaciones. Mas, no es así; esta aparente tranquilidad, dice la Sagrada Escritura, oculta las tempestades que

agitan completamente sus corazones : *Cor impii quasi mare fervens, quod quiescere non potest* (Isaías, LVII). Su dicha es falsa, su desesperacion verdadera. Solo viviendo en la horrible persuasion de que su perdicion no tiene remedio, han tomado su partido, y solo porque se ven en el fondo de un abismo insondable, aparentan despreciar y aun rechazar los medios que se les indican para salir de él : *Impius, cum in profundum venerit, contemnet* (Prov., LX). Es mas : irritados contra estos mismos remedios, cuyos beneficios no creen poder ya experimentar, su desesperacion se convierte en rabia, de donde nace tambien su furor de blasfemar contra la religion, y de querer extinguirla del corazon de los demás, con el fin de hacerles partícipes de los tormentos de su propio corazon.

¡Oh! si ellos pudieran esperar que podrian reconciliarse con el deber y con la fe, cesarian al instante mismo de combatirlos. Los maldicen solamente porque desesperan de alcanzarlos. Así es que no necesitan demostraciones, sino estímulos; y su mayor miseria y su

fatal enfermedad está menos en el espíritu que en el corazon.

Véase, pues, cuán importantes y preciosas son esas prácticas de la piedad católica, y sobre todo el culto de María, la devocion á María, de que se burlan sin comprenderlos la incredulidad y la herejía. Estos son los hilos secretos con cuyo auxilio se puede salir del laberinto del mal, eslabones ocultos que ponen al hombre en comunicacion con Dios, aun estando léjos de él; conductos subterráneos por los cuales las aguas de la gracia brotan en las almas que la desesperacion ha secado, quebrantan la dureza que las esteriliza, y hacen germinar en ellas la esperanza que las consuela y las salva.

En este solo hecho, á falta de otro, podria conocerse que solo el catolicismo es verdadero; porque solo sus doctrinas y sus prácticas ofrecen remedios poderosos contra todas las miserias del hombre y contra todos sus dolores.

Al contrario, ¿qué hace el protestantismo? Ha abolido la confesion, el dogma de la Pre-

sencia Real y el culto de María; esto es, los bálsamos para todas las llagas del alma, las fuentes de todo consuelo y de toda esperanza.

Lo mismo sucede con la filosofía incrédula, con la diferencia de que no se contenta con combatir, valiéndose de la mentira, de la calumnia, de la blasfemia y del ridículo, todas las prácticas y las doctrinas de la religion, de las cuales nace la esperanza, sino que además niega tambien la esperanza. M. Renan, uno de sus mas fieles y de sus mas horribles órganos, en la introduccion al libro de Job, que acaba de publicar, y que los periódicos que sirven la misma causa han reproducido con gozo infernal, ha dicho en estos términos : «Los únicos que consiguen encontrar el secreto de la vida, son los que saben ahogar sus tristezas interiores y EXISTIR SIN LA ESPERANZA.» Esta, como se ve, es la moral del estoicismo antiguo, que decia al hombre : «La felicidad consiste en ahogar uno en sí mismo todo sentimiento de los dolores internos; el que no puede conseguirlo, dése la muerte.»

Y nada mejor que esto prueba que la here-

jía y la filosofía, que es su última palabra, son error; porque quitar al hombre todo bien interior, hasta la esperanza, es el colmo de la crueldad; y la crueldad ó el odio al hombre es uno de los caractéres propios del error, como la caridad ó el amor al hombre es uno de los caractéres propios de la verdad.

Esto es horrible ciertamente, pero lógico; porque, en primer lugar, la esperanza no es otra cosa que la eflorescencia de la fe : esperar, es creer en la existencia de un bien que no se posee : donde no hay fe no hay esperanza. Y el principio fundamental de toda herejía, y del protestantismo en particular, es la libertad para cada uno de creer lo que quiera y como quiera, por la autoridad de su propia razon. Si en las comuniones protestantes el pueblo conserva un resto de fe, es porque no ha tomado por lo serio el protestantismo, y porque, á pesar del principio protestante, conserva todavía su creencia en Jesucristo, por el testimonio de *la Iglesia establecida*, y no por testimonio de la razon individual. Pero el verdadero protestante, cuyo símbolo se reasume

en estas palabras: «Yo no creo mas que en mí mismo,» puede muy bien decir: *yo pienso*, *yo opino*, *me parece*; pero no puede decir: YO CREO. Puede tener *opiniones*, pero no *dogmas*. El verdadero protestantismo nada puede enseñar de cierto, de exacto, de uniforme, de estable; es decir, nada que pueda ser objeto de una ciencia firme y absoluta, un objeto de fe. Es, pues, la destruccion radical de toda fe, y por consiguiente de toda esperanza. Porque la doctrina que no puede formular de una manera exacta y cierta lo que se debe creer, tampoco puede formular lo que se debe esperar.

La filosofía incrédula, que no es otra cosa que el desarrollo completo del principio protestante, ha llegado á las mismas consecuencias. De negacion en negacion, despues de negar la inmortalidad del alma, todo dogma, toda moral, todo culto, todo ser espiritual y toda divinidad, ha negado toda certidumbre, toda verdad, toda razon, concluyendo por negarse á sí misma. No habiendo, pues, conservado para sí misma, mal podria enseñar nada á los demás; y no pudiendo decirles

¡creed! tampoco podria decirles *¡esperad!* Hé ahí por qué, despues de haber predicado la incredulidad, ha venido á predicar tambien la desesperacion.

En segundo lugar, todos los heresiarcas, como todos los maestros de incredulidad (segun acabamos de ver), reciben sus inspiraciones solamente de Satanás, y trabajan únicamente en separar á la tierra del cielo y en restablecer en ella el reinado del infierno. Y la divisa del reinado del infierno es: RENUNCIAD Á TODA ESPERANZA, OH VOSOTROS, LOS QUE ENTRAIS AQUÍ: *Uscite di speranza, oh voi che entrate.* Queriendo, pues, ser consecuentes con el principio que les guia, y fieles al maestro que les inspira, deben ensañarse contra todo dogma consolador, contra toda práctica religiosa capaz de elevar el corazon á la esperanza, y no predicar mas doctrina que la de la desesperacion. Satélites de EL ENEMIGO DEL HOMBRE, de quien se ha escrito: «Era homicida desde el principio: *homicida erat ab initio* (*Joan.*, VIII),» no pueden respirar otra cosa que odio al hombre, ni trabajar mas que en su desgracia y en su muerte.